

Reportaje

## Precaución: niños a bordo

**José de Lucas**

Sabemos que tenemos un grave problema con el tráfico en nuestras sociedades: nos lo recuerdan cada puente y cada salida de vacaciones, y nosotros tratamos de olvidarlo cada fin de semana. Y cada día laborable. Muchos muertos, demasiados muertos.

Los responsables de poner medidas dudan entre la mano dura, la convicción, la llamada al sentimiento... Nada parece ser eficaz. Lo que voy a decir (mi experiencia) tampoco es “la solución”, pero estaremos de acuerdo en que es una de las bases. Al menos para el futuro.

Cualquier hábito de comportamiento, cualquier estilo de vida, se constituye en muy buena medida en los primeros años de la vida; ya lo sabía y, como muchos de ustedes, lo había leído una y cien veces en los libros más o menos especializados. Pero quizá no me había fijado en que temprano captan los niños y hacen suyos los gestos que nos ven; mucho antes y con mayor firmeza de lo que pensamos.

Tengo que hablar de mis nietos; no es pasión de abuelo, y no creo que ellos sean excepcionales. Pero es la experiencia que tengo al lado.

### **Lo natural**

No les hemos hecho ningún adoctrinamiento especial con el asunto; tan sólo establecer que tienen que dejarse poner el cinturón en cuanto se sientan en el coche. Es “lo natural”.

Y ellos lo han incorporado de tal manera que nos regañan a los mayores si en algún caso (por descuido, por supuesto) se nos pasa hacerlo al instante; nos lo recuerda incluso la que aún no construye del todo las palabras: “mamá, turón”.

Quiero pensar que esta generación que ha incorporado a sus juegos de manera natural que en un vehículo hay que ponerse el cinturón, y que hacen todos los gestos apropiados cuando “construyen” su propio coche con cuatro sillas puestas en fila, no va a tener problemas de cinturón de seguridad cuando sean adultos. Al menos no ese problema.

De paso he aprovechado para fijarme en más cosas; ahora que vivo su infancia más cerca de lo que viví la infancia de mis hijos, intento aprender que es lo que ellos están aprendiendo. Ya dicen los pedagogos que habitualmente aprende más el que enseña que el alumno.

Por ejemplo, observo que han adquirido una sensibilidad por la velocidad que a los mayores nos pasa desapercibida; me ha ocurrido en alguna ocasión en que (por necesidad, también por supuesto) he corrido un poquito más de lo habitual y de lo conveniente: “Abuelo, ¿por qué hoy vamos más deprisa?”.

A un niño no se le engaña, no se le escapa nada; no necesitan ninguna teórica sobre el tráfico, ni ningún plan específico de educación vial; al menos en los primeros años. Simplemente basta con que seamos conscientes, pensando en ellos, de lo que hacemos al ir juntos por la calle y por las carreteras. Ellos ya irán incorporando. “Mira qué tontería: un carro en la banqueta”. No es la reflexión de un ciudadano adulto molesto por algo que dificulta su paso, sino la anotación desde los ojos de un infante que ve que algo “no está en su sitio”.

### **Semáforos**

Y sobre todo, los semáforos. En eso sí que hemos sido beligerantes y estrictos: las calles sólo se cruzan por los pasos de peatones y, cuando existen los semáforos, sólo se pasa si está la luz verde. Y cogidos de la mano de un mayor.

No hay en este tema atajos, ni “si corremos nos da tiempo”. Por mucho que a los adultos, tan apresurados siempre, nos incomode incluso tener que esperar en el borde de la banqueta (¿se gana algún segundo esperando ya colocado en la calzada?).

Y esta responsabilidad en el ejemplo no la tenemos solamente con los niños a los que acompañamos, sino con todos los de la ciudad.

Cuando tengo alguna prisa y quiero aprovechar un claro en el tráfico para cruzar la calle aunque aún no me corresponda, me fijo bien en si hay esperando padres con sus hijos, y en ese caso aguanto mis urgencias, que siempre serán menos importantes que la educación de un futuro ciudadano que me está observando.

### **Cortesía urbana**

No nos pongamos medallas; no siempre hacemos las cosas bien. En alguna ocasión, yendo con los niños en el coche, al sonar insistente la bocina de otro vehículo, alguno de los niños ha soltado de manera espontánea un insulto.

No era una evaluación sino tan sólo un reflejo adquirido: insulto sigue a bocinazo; “lo natural”. Seguro que algún mayor lo habíamos practicado alguna vez.

Una prueba más de que los niños aprenden y fijan incluso cuando los adultos pensamos que lo que hacemos no va con ellos y que están distraídos con sus cosas.

El coche, la calle, la carretera, no son solamente aulas prácticas de educación vial; también pueden y deben servir para practicar ante los más pequeños la cortesía y la buena educación. Nuestra sociedad está muy necesitada de estas dos cosas: basta ver en televisión cualquier debate. Y los niños, absorbiendo como esponjas todo lo que ven.